

MANUEL VICENT,
ÁNGEL S. HARGUINDEY
Y RAFAEL AZCONA

Memorias de sobremesa

Prólogo de BERNARDO SÁNCHEZ

ÍNDICE

UN TRIÁNGULO REDONDO, 7

Bernardo Sánchez

PRESENTACIÓN, II

Ángel S. Harguindey

NOTAS A SUS CONVICCIONES

(O PREJUICIOS) Y A SUS RECUERDOS (O FANTASÍAS), 15

Rafael Azcona

A MANERA DE PRÓLOGO,

SOBRE LA SALVACIÓN DEL MUNDO

POR MEDIO DE LA SALIVA, 17

Manuel Vicent

CAPÍTULO I

LA LLEGADA A LA GRAN CIUDAD, 21

La carbonería y el hotel

CAPÍTULO II

DEL HUMOR AL SERVICIO MILITAR, 55

No había taxis

CAPÍTULO III
EL OFICIO, 63
La llamada de la creación

CAPÍTULO IV
EL AMOR, 83
Entre la desconfianza y la pasión

CAPÍTULO V
LA VEJEZ, 103
Un sucio negocio

CAPÍTULO VI
EL ÉXITO, 123
El resentimiento del triunfador

CAPÍTULO VII
IGLESIA Y BANCA, 137
Un dólar en la frente

CAPÍTULO VIII
LA PATRIA, 147
Árboles y cucarachas

CAPÍTULO IX
LA POLÍTICA, 157
Recuperar la huerta

CAPÍTULO X
JUEGOS FLORALES, 163
Sarcasmo, ternura y civismo

CAPÍTULO XI

LAS CIUDADES, 169

*El sótano de la bomba y
la rentabilidad de la virginidad*

CAPÍTULO XII

LOS ESPECTÁCULOS Y EL AZAR, 177

De los toros al sueño del paño negro

CAPÍTULO XIII

ESCRITORES Y CINEASTAS FAVORITOS, 195

*Baroja, Woody Allen y,
¿quién es el capitán Ahab?*

UN TRIÁNGULO REDONDO

Bernardo Sánchez

UNA MESA LEGENDARIA, la del Asador Frontón. El de Pedro Muguruza. Chamartín. Norte de Madrid. El reservado, junto a la ventana. Se entraba directamente por Padre Damián. En esa región, desde 1990, venían apuntándose semanalmente a un *convidio* de menú largo —cine, literatura y actualidades, todo bien regado— Rafael Azcona, Fernando Trueba, David Trueba y José Luis García Sánchez: los cuatro fijos de la cita. A ellos se sumaban, con mayor o menor regularidad o por sorpresa, otros colegas y amigos de acreditada brillantez, gusto por el buen comer y sentido del humor. Los tres autores y actores de la presente sobremesa ocuparon —como se veía en la fotografía que les hizo Bernardo Pérez para la portada del libro en su primera edición— ese ángulo del restaurante. Una *belle époque* aquella (y sobre el mantel del Frontón se alumbraría la película del mismo título) orientada hacia la banda ocupada por Rafael Azcona: siempre el último en levantarse de la mesa. Pero sin demérito de las extraordinarias viandas vasco-castellanas del asador, lo mejor de la reunión era lo que estaba fuera de carta: un orden del día sin orden en el que se saltaba con ingenio sazonado de un asunto a otro, realizando una actividad que *La Codorniz* llegó a convertir en toda una sección: «Crítica de la vida». Y a los postres, un surtido de arranques para guiones que se iban filtrando en el cedazo de tan audaz e inteligente congreso.

Y así, a punto de acercarse el final del siglo xx, quizás alguien pensó que precisamente para ir verificando el finiquito de un siglo que los tres conversadores de estas *Memorias* habían ido viviendo como pasándose el testigo década a década —Azcona, desde 1926; Vicent, desde 1936 y Harguindey desde 1945—, convenía levantar acta de lo hablado sobre lo vivido, dándose la razón o «con controversia» —posibilidad que ofrecía a sus clientes el barbero de Juan Estelrich, según recuerda Azcona en uno de sus turnos de palabra—.

La tertulia en el café de asiento fue siempre en Madrid el lugar natural de los cofrades letraheridos, de los vates transterrados de provincia, de los excéntricos, de los enterados, de los bohemios. Su segunda residencia (cuando no la primera), refugio, redacción, familia, estrado y parlamento. Azcona, en una de las novelitas de kiosko que a principios de los años cincuenta firmaba bajo el seudónimo de Jack O'Relly —seguramente tecleada con la Remington que alquilaban a los poetas en el Varela—, la titulada, precisamente, *La vida espera*, incluía, en boca del propio O'Relly, una descripción de una casa de huéspedes de Brooklyn —facsimilar de las matritenses que Azcona habitó en Fuencarral o en la Calle del Carmen— y de su patrona, una tal Mrs. Blondell. La evocación de su personalidad —a mi juicio, un párrafo memorable de la narrativa del Azcona epigonal de sus versos tristes— asimilaba a aquella mujer al mundo contenido en una taza de café:

Mrs. Blondell, nuestra patrona, era uno de esos seres que yo me complazco en llamar, acaso con excesivo optimismo, *posos del café del mundo*... ¿No habéis observado la enorme impotencia de esos sedimentos que se depositan en el fondo de una taza de café? Incapaces de mantenerse en suspensión o de disolverse en su obligado medio ambiente, naufragan en el mínimo y tremendo torbellino que genera la cucharilla, para quedar varados sin remedio en ese hondón abisal de la vasija que los encierra... Poned en el lugar de la taza el mundo, suplantad el café por la vida y sustituid la cucharilla por esas fuerzas que dan cohesión y consistencia a la sociedad, egoísmo, crueldad, ambición. En el fondo quedarán, como posos inertes, todos cuantos

PRESENTACIÓN

Ángel S. Harguindey

QUIZÁ LA MAYOR SI NO LA ÚNICA utilidad de estas líneas sea la de tratar de explicar cómo se realizó el libro, lo que por otra parte tampoco le hará merecedor de ningún galardón a la originalidad o a la imaginación. El método utilizado fue simplemente el de mantener una serie de tertulias en torno a una mesa de un reservado de un buen restaurante, en las que el que suscribe trató de poner un cierto orden cronológico y temático, aunque sin excesivo ardor ni convicción. Primero se comía y charlaba sin más, y a la hora del café, o de los cafés, se integraba con absoluta discreción un técnico de sonido que grababa las conversaciones de las largas sobremesas.

El hilo conductor fue lineal en sus comienzos y enmarañado poco después. No podía, o no debía, ser de otra forma. Nadie buscaba la solución a ninguno de los graves problemas que afectan a la humanidad ni pretendía descifrar cualquiera de los múltiples sinsentidos de los hábitos sociales. Para ser precisos, ni siquiera se había mostrado el menor interés por analizar lo que llamamos España. El principal objetivo de aquellas tertulias era el disfrute de los participantes, pues sabido es que lo que pretende el placer, en este caso el de la lectura, no puede surgir del aburrimiento. De tal forma que la primera condición para alcanzar la meta propuesta era buscar la propia satisfacción. Y en este sentido, he de afirmar que se consiguió sobradamente, hasta el extremo de que cuando concluyeron los

encuentros, la sensación que cundió entre los asistentes fue la de un cierto vacío: ¿Y ahora qué vamos a hacer?

También es cierto que habíamos comido muy bien, habíamos bebido con gusto y moderación y, además, nos conocíamos y apreciábamos desde hacía muchos años, al margen de mi confesada admiración por la obra y el carácter de ambos. Todo estaba a favor de la relajación, hasta la arraigada convicción de que lo personal puede explicar lo general con igual o superior rigor que cualquier teoría al uso o al desuso.

Creo que la clave del posible interés del texto radica en la selección de los contertulios. Contar durante una serie de jornadas con Rafael Azcona y Manuel Vicent para charlar de lo humano y lo divino, para recordar buena parte de sus biografías, anécdotas, inquietudes y anhelos es, sin duda, el mayor acierto, y ello por varias razones. En primer lugar, porque los dos han demostrado a lo largo de sus respectivas vidas y obras una inteligencia y agudeza que ni siquiera merece la pena resaltar. Son, como diría un progresista de vieja escuela, verdades objetivas. En segundo lugar, porque tienen el mismo aprecio por la sencillez que desprecio por la pedertería. Pocos espectáculos hay más monótonos y lamentables que el de escuchar a los ególatras, a los trascendentes, convencidos como están y demuestran de que el mundo se divide en dos grandes apartados: ellos mismos y lo ininteresante. Y en tercer lugar, porque la suma de la inteligencia, la agudeza y la sencillez ofrece en este caso unos resultados sabios y brillantes.

Rafael Azcona y Manuel Vicent poseen un talento indiscutible para observar la vida, la propia y la de sus semejantes, y sus apreciaciones son siempre lúcidas. Es probable que no se compartan todas y cada una de sus respectivas conclusiones, pero nadie podrá negarles sagacidad e interés. Los dos poseen también una gran sabiduría vital, aquella que surge de un cúmulo de circunstancias e influencias, de amistades y lecturas, de erudición y callejeo. Cabe resaltar, por último, un elemento de unión añadido: el sentido del humor,

una consecuencia natural de su rechazo de la pedantería, y una de las vías más sólidas para conseguir la desintoxicación mental.

En resumen, el libro que se ofrece es el compendio de una serie de largas charlas recogidas en magnetófonos, con dos contertulios de lujo y en un ambiente de amistad y risa, en el que se respetó en gran medida el carácter coloquial. Era posible buscar un cierto orden en la conversación, probablemente hasta conveniente, pero, seguro, hubiera ido en contra de la fluidez, de la espontaneidad y del placer. Quizá por todo ello el libro se llama como se llama: *Memorias de sobremesa*, algo que remite a un recuerdo del pasado, pero tamizado por el tono distendido de las sobremesas en las que la confianza de los comensales impide la ampulosidad. En realidad, el libro es como un bazar de los de «Todo a cien»: si usted entra en él se encontrará con una variopinta muestra de opiniones sobre múltiples temas y a un precio muy asequible. La utilidad o inutilidad de la oferta depende exclusivamente de las necesidades del consumidor. Usted puede encontrar en cualquiera de ellos desde un sacacorchos, artílugio indispensable para disfrutar de un buen vino, hasta una Virgen del Pilar fluorescente, venerado icono para los creyentes, pero también luz de referencia a altas horas de la madrugada en la mesilla de los dormitorios convencionales.

Algo similar ocurre en este libro, en donde podrá disfrutar de opiniones sobre el amor o la vejez, sobre la muerte o la Patria, sobre el cine o la literatura, y, siempre, en un tono alejado de la necia vanidad. Si además surge entre sus páginas alguna pequeña luz de referencia que evite encontronazos en la oscuridad, reconocerán que no se puede pedir más.

NOTAS A SUS CONVICCIONES
(O PREJUICIOS)
Y A SUS RECUERDOS
(O FANTASÍAS)

Rafael Azcona

REUNIRSE PARA COMER Y hablar durante la comida es una de las actividades que con más ahínco y asiduidad ha ejercido la humanidad a lo largo de su historia: el personal solo deja de comer en caso de hambrunas y similares, y únicamente cierra la boca cuando lo amordazan. Sin embargo, esa actividad no ha producido la leyenda que rodea a la tertulia de café, fenómeno de efímera existencia que duró lo que un suspiro: exactamente los años transcurridos entre la invención del café como local público y la instalación de la calefacción en los domicilios particulares.

Para mí, que viví en los cafés huyendo de los ventisqueros hogareños, y que en la actualidad veo a mis amigos en los restaurantes siempre que puedo, la explicación es obvia: dado que en los cafés no se comía, o se comía poco —pepitos de ternera, medias tostadas y cosas de parecida parvedad—, los contertulios dedicaban el exceso de ácidos gástricos a la mordacidad, y la mordacidad siempre ha tenido muy buena prensa, sobre todo entre los no *mordidos*; pero ¿qué comensal se va a poner a morder a nadie mientras digiere un aperitivo, dos platos suculentos, un postre y una botellita de un reserva de Rioja?

Naturalmente, por disfrutar de la compañía de Ángel Harguindey y de Manolo Vicent, yo hubiera estado dispuesto a reunirme con ellos en cualquier parte, incluso en la cafetería de una estación de ferrocarril, pongamos por lugar inhóspito, pero la editorial no vio ningún inconveniente en que las sesiones de nuestro modesto simposio se celebraran en un buen restaurante. Porque esa es otra: la mesa del restaurante está libre de las tensiones que llegan a establecerse en las de la casa particular; en el restaurante se pueden desdeñar las sugerencias del *maître* e incluso rechazar un plato sin que suceda nada, mientras que en una casa el invitado debe comer lo que le echen —y elogiarlo aunque le disguste— si no quiere hacer desgraciada a la anfitriona.

En resumen, se debe notar que este libro nace de unas plácidas, relajadas y amenas digestiones.

En cualquier caso, como toda convicción se puede convertir en un prejuicio y dado que la memoria es demasiado a menudo una manifestación de la imaginación, en lo que concierne a mis intervenciones, vaya por delante que soy un escéptico de todo y, sobre todo, de mi propio escepticismo; siempre admiré a un barbero ampurdanés del que nos hablaba a Manolo y a mí nuestro amigo Juan Estelrich, con quien el lector volverá a encontrarse en las páginas que siguen.

El barbero en cuestión, antes de meterle al cliente la tijera, le preguntaba amablemente: «¿Con conversación o callado?». Si le pedían que mantuviera cerrada la boca no despegaba los labios, pero si el cliente deseaba conversación, el barbero inquiría: «¿Dándole la razón o con controversia?».

A MANERA DE PRÓLOGO, SOBRE LA SALVACIÓN DEL MUNDO POR MEDIO DE LA SALIVA

Manuel Vicent

EN ESTO HAY DOS teorías: unos piensan que la vida se destruye todos los días y se recompone por la noche durante el sueño, y otros creen que son los sueños los responsables del caos, y que uno, al levantarse por la mañana, tiene la obligación de ordenar el mundo de nuevo cada día. Soy partidario de este segundo criterio. El mundo es un juguete que uno se encuentra roto al pie de la cama, cuando se levanta. Está ahí, sobre la alfombra de la cama, junto a los zapatos. Se trata de un juguete roto que hay que arreglar pegándolo con saliva.

Decía Max Spencer que el animal no habla no porque no pueda sino porque no tiene nada que decir. Eso es falso. Mi perro Toby tiene tantas cosas que decir como cualquier persona, pero no habla porque le da vergüenza decir obviedades. El ser humano posee el don exclusivo de la palabra y lo usa para decir: pásame la ensalada, me está saliendo un golondrino en el sobaco, me gustaría tomar un helado, ¿a qué hora estará la comida?, no vengas tarde, cuidado con la curva, ¿por qué no me llamas y vamos al cine? Y, dicho esto un millón de veces, uno se muere. El tejido de la vida lo constituye un sinfín de frases banales. Mas he aquí que de pronto se presenta

Goethe en el lecho mortuario y un segundo antes de estirar su egregia pata, exclama: «¡Luz, más luz!». En realidad le estaba pidiendo a su mujer que abriera la ventana, pero esa frase solemne es de las que redimen al género humano de su mediocridad hablada.

En los países boreales se produce mucha ciencia y de esta se deriva una alta maquinaria. En el sur la verdadera ciencia es la plática, y esta también engendra una tecnología punta: son las fábulas, los cuentos, las simples palabras. Cuando uno contempla las letrinas de Éfeso, formando corro a pleno sol, imagina la cantidad de filosofía, literatura y arte que habrá sido concebida en ese lugar solo hablando y que el viento de Asia Menor se habrá llevado. Las tertulias del ágora, las mantas extendidas en el suelo de las plazas orientales, las ferias medievales, las barberías de pueblo, las charlas en los cafés, los paseos del cura, el boticario y el registrador por la carretera bajo los álamos, todo este acervo ingente de saliva que en esos lugares se ha consumido a cambio de nada ha servido para pegar el mundo roto y recomponer ese juguete. Pero no solo se arregla el mundo hablando de todo y de nada. La sensación de vacío suave, catártico, exhaustivo que uno experimenta después de hablar mucho constituye también una forma de salvación personal.

El placer que se siente al vaciarse de palabras lo he experimentado hasta el límite en esta conversación con Rafael Azcona. Raramente se produce el caso de un gran creador que resulte igual de imaginativo, divertido y sorprendente en sus escritos que en sus diálogos de sobremesa. Un ejemplo estelar es Rafael Azcona. Te lo encuentras cruzando un semáforo y te dice cualquier cosa improvisada que serviría para un magnífico guion, pero él la suelta como si nada, la regala al viento y se larga. Esta conversación con Azcona pudo alargarse hasta el infinito, pasando revista al universo desde la primera bacteria hasta el papa de Roma. Solo es un fragmento de nuestra manera de tomar café en la sobremesa.

Con sendas escopetas hemos disparado contra todos los platos que iba lanzando Ángel Harguindey desde el pie de un solo-

CAPÍTULO I

LA LLEGADA A LA GRAN CIUDAD

La carbonería y el hotel

ÁNGEL S. HARGUINDEY: No me cabe la menor duda de que lo que os voy a proponer es una de las formas más prosaicas de comenzar algo, pero creo que, pese a todo, es útil. Me gustaría que empezara por el principio. Así de sencillo. Y concretamente, si os parece, que Rafael Azcona iniciara la charla comentando sus primeras inquietudes literarias, su llegada a Madrid, en fin, todo eso.

RAFAEL AZCONA: A mí me pasó lo que le suele pasar a tanta gente, a fuerza de leer empecé a escribir y colaboré en algunas revistas y en la radio, y cuando comprobé que en mi pueblo no pagaban, por eso me vine a Madrid. No a conquistar nada, sino sencillamente a ver si podía ganarme la vida como escritor, que en mi inocencia me parecía un oficio envidiable, aunque no lo debí ver muy claro porque antes de venir me busqué un trabajo de escribiente, como se decía antes de la invención del ejecutivo, en un almacén de carbones.

HARGUINDEY: Cuando llegas, ¿no conoces a nadie que se mueva en el mundo de las letras?

AZCONA: Lo único que yo conocía como la palma de mi mano era el Café Gijón, gracias a *La estafeta literaria*. Y en sus divanes me instalo en espera de que alguien me convierta en escritor, pero como esto no sucede, cuando se me acaba el dinero que traía de Logroño

—la miseria que había reunido vendiendo mis pocos libros—, me rindo a la evidencia y me presento con unas semanas de retraso en el almacén de carbones, que estaba pasado Ventas, en una bocacalle sin urbanizar, abierta entre tapias y solares y gatos famélicos.

HARGUINDEY: ¿Y renuncias a tu idea de ganarte la vida como escritor?

AZCONA: No. Eso de los carbones no lo resistí demasiado tiempo —un mes y doce días exactamente—, porque por una parte seguía con mi sueño y por otra al dueño del almacén no había quien lo aguantara. Una de sus manías consistía en retrasar los pagos: cuando venía un proveedor a cobrar le daba un talón de una sucursal bancaria situada en Carabanchel, o en Argüelles, o sea, al otro lado de Madrid, y el proveedor, después de atravesar la ciudad en metro o en tranvía —en el año 51 nadie tenía coche—, se presentaba en el banco y allí le devolvían el talón: «No hay fondos», le decían. Entonces el proveedor volvía a Ventas con el lógico cabreo, y don Dionisio, que así se llamaba mi patrón, me reñía: «Azcona, usted me dijo que teníamos dinero en esa cuenta». Yo miraba el libro: «En efecto, don Dionisio». Don Dionisio le pedía perdón en mi nombre al proveedor y le invitaba a volver al día siguiente —entre una cosa y otra ya se había hecho tarde para que yo le acompañara al banco con el libro a ver quién tenía razón, si el banco o yo—, y al día siguiente cogía el libro, atravesaba Madrid con el proveedor, y en el banco descubría que don Dionisio había extendido un talón sin decírmelo, y que por eso la cuenta estaba en números rojos; volvíamos a Ventas, don Dionisio achacaba su despiste a la mala salud de su señora, le daba otro talón al proveedor, y con esta martingala conseguía retrasar el pago dos o tres días.

Por si esto fuera poco, aquel hombre pretendía que yo ajustara mi vida a la de los carros de reparto, que salían del almacén a las ocho de la mañana y regresaban a las diez o las once de la noche, y encima estaba empeñado en que me pasara los domingos en la oficina «por si ocurría algo», como decía él. Así es que el día 12 de

diciembre de 1951 le pedí la cuenta, y como con aquel dinero no hubiera podido convertirme en asiduo del Gijón, me fui al Varela.

HARGUINDEY: Esa relación entre la falta de dinero y el café Varela no acabo de entenderla.

AZCONA: El Varela era un café muy acogedor, muchos de sus habituales utilizaban los servicios para afeitarse, un cliente otorriño pasaba en ellos consulta gratis, por un módico precio un pendolista se te ofrecía para meterte el árbol genealógico en un grano de arroz, y a petición de dos sacerdotes asiduos del café el establecimiento estaba suscrito al *Boletín Oficial del Estado*.

Por si todo esto fuera poco, el Varela era la sede de unas veladas más o menos poéticas: si uno conseguía actuar en aquellos recitales, se le reconocía como poeta con derecho a ocupar una mesa sin la obligación de hacer gasto, e incluso a pedir una jarra de agua; la explicación de este trato de favor habría que buscarla en los llenos que se producían en el café gracias a aquellos recitales, aunque no faltaban derrotistas que achacaban los llenos al frío que hacía en las casas, quizá tenían razón, porque en las casas de la época se estaba fatal, no es que no tuvieran calefacción, es que eran cámaras frigoríficas, uno no entraba en calor hasta que se metía en la cama.

HARGUINDEY: Parece que en aquella época los recitales se llevaban mucho.

AZCONA: Los había en el teatro Lara, en el café Lisboa, en las casas regionales; se daban como hongos, sí. «Versos a medianoche» los inventó Eduardo Alonso, un hombre encantador, que si te veía en apuros te prestaba cinco duros a fondo perdido, o sea, sin que se los pidieras, y además lo hacía con mucha elegancia: en lugar de darte el dinero a la vista de todo el mundo se iba a la cabina del teléfono, te llamaba con el pretexto de preguntarte un número, y a escondidas te ponía en la mano las veinticinco pesetas.

Este hombre, un industrial, siendo ya mayor —y no se sabe bien por qué— dio en la manía de escribir versos. Los escribía a la hora del café en el de La Elipa, y utilizaba como papel los tiques de

sus consumiciones. Una tarde, un cliente —Mur Oti, el director de cine— le comenta: «Usted siempre haciendo números», y Eduardo, sonrojándose, confiesa: «No, no, son versos». «¿Cómo, versos? A ver, a ver». Y Eduardo se saca de los bolsillos montones de tiques con unos poemitas reducidísimos, como encapsulados: «Aquel cadáver tenía / en su muñeca un reloj / que marchaba todavía». O: «Qué hermoso: / dudar entre dos caminos / y escoger el doloroso». Total, que Mur Oti lo convence de que debe publicarlos. Eduardo los publica, abandona los negocios, se va al café Varela y ya no hace otra cosa que transmutar en poemas las copas de Rioja y las patatas fritas que constituían su principal alimento, y dirigir «Versos a medianoche».

Pues bien, yo, que por culpa de unos amores mal curados había escrito en mi pueblo unos versos miméticos, de esos que suenan al último de los poetas leídos, me uno a la nómina de recitadores y a la fauna del café, en la que, como es lógico, abundaban más los tipos delirantes que los poetas verdaderos. Aquella gente se quedaba tan tranquila diciendo cosas como: «Anoche vinimos al café más de doscientos poetas».

HARGUINDEY: Y así dejas el carbón.

AZCONA: Que, por cierto, no era tal carbón, sino unas bolas fabricadas con carbonilla, o sea, las escorias del carbón de las locomotoras de vapor mezcladas con toda clase de detritus, y supongo que absolutamente incombustibles. Dejo el sucedáneo del carbón y prácticamente vivo en el Varela, al que llego a las nueve de la mañana y me marchó a la una de la madrugada; y como los versos solo dan para beber agua, me pongo a escribir novelas rosa, que es lo que hacían algunos de los habituales dedicados a la prosa: cien folios escritos en tres o cuatro días en una Remington instalada en una mesa del café y alquilada a escote, mil pesetas menos los descuentos. Lo malo era que el mercado se saturaba enseguida, incluso si uno diversificaba la producción y se pasaba a las del oeste o a las policíacas. Yo, para diversificar, llegué a escribir la biografía

de un personaje novelesco —la Pimpinela Escarlata—, lo que no deja de ser absurdo y posiblemente fraudulento.

HARGUINDEY: Por lo que cuentas y cómo lo cuentas no tienes un mal recuerdo de aquel tiempo.

AZCONA: Al menos, no lo recuerdo con amargura. Nunca me sentí ni deprimido ni triste, ni siquiera pobre, que ya tiene mérito, sobre todo si te pasas un mes o mes y medio sin comer con cuchara, o sea, a base de bocadillos o de pan a secas. Sin embargo, había una cosa que me hacía sentirme humillado y escarnecido: eran los letreritos que en los escaparates de las mantequerías cantaban las excelencias de los manjares expuestos: «Exquisitos», «Deliciosos» o «Riquísimos»; ¿qué necesidad tenía yo de que me lo refregaran por las narices, si se me hacía la boca agua y me crujía el estómago nada más ver aquellas gollerías inalcanzables?

HARGUINDEY: Y, aparte de esa vida de café, ¿qué hacías?

AZCONA: A la una de la madrugada, cuando el café cerraba, nos íbamos a la Gran Vía, y allí, dando vueltas como en un paseo de provincias, presenciábamos completamente gratis la salida del público de los cines y la entrada de los juerguistas en los cabarés. Por cierto, a mí me han hecho un abrigo en la Gran Vía, la elección del tejido, la toma de medidas, la primera y la segunda prueba, la firma de las letras, todo en plena calle, y por las noches.

HARGUINDEY: ¿Quieres decir que tu sastre trabajaba en la vía pública?

AZCONA: Exactamente. Se acercaba diciembre, yo no tenía abrigo y alguien me preguntó por qué no me hacía uno. «Pues porque no tengo dinero», contesté. «Pues por aquí suele dar vueltas un sastre que te lo hace a plazos. Espera, que ahora pasará». Total, que el sastre pasó y mi amigo lo llamó: «Fulano, este se quiere hacer un abrigo». El sastre me apartó a la esquina de Valverde, sacó un muestrario y un metro, escogí el tejido, me tomó medidas y me dijo: «El miércoles le espero aquí para la primera prueba». Llegó el miércoles, me probó el abrigo y le firmé las letras —letras que